

GERMAN ESPINOSA, UN ROSTRO MESTIZO

Luis Alberto Pinzón*

Junio 1987.

Nos hemos dado cita en un café, atravieso la ciudad, me han dicho que es un hombre puntual, tengo el presentimiento de llegar tarde a la cita... son las 4 y 30 p.m.; ahí está..., pedimos tinto, me advierte del miedo a las grabadoras, hablamos de muchas cosas, básicamente de literatura. Somo cuatro (Germán, su esposa, Luz Delia y el hombre de la grabadora), hay mucho ruido, buscamos un sitio más sereno, caminamos media cuadra, hallamos el sitio: el hall de un hotel, una música suave sirve de fondo, Luz Delia y la esposa de Germán observan..., el concierto comienza.

Antes de entrar al primer movimiento hagamos un pequeño paréntesis: (Quién es Germán Espinoza?.....: poeta, cuentista, ensayista, dramaturgo, catedrático y por encima de todo novelista. Nació en Cartagena en 1938, ha publicado: *Letanías del Crepúsculo* (Bogotá 1954), *La noche de la trampa* (Relatos, Bogotá 1955), *El Basileus* (Teatro, Bogotá 1966), *Anatomía de un traidor* (Bogotá 1973), *Reinvención del amor* (Bogotá 1974), *Los doce infiernos* (Relatos, Bogotá 1976), *Tres Siglos y medio de Poesía Colombiana* (Bogotá 1980), y las novelas: *Los Cortejos del Diablo* (Montevideo y Caracas 1970), *El Magnicidio* (Bogotá 1979), *La Tejedora de Coronas* (Bogotá 1982). Esta última obra es finalista en el premio "Rómulo Gallegos", el cual se concederá a finales de Julio del presente año).

* Asesor del Area de Lingüística de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación.
Candidato al Postgrado de Literatura.

Ahora sí, que venga la música!

L.A.P. Comencemos hablando de un problema que preocupa, no sólo al campo de la literatura, sino también al campo de la filosofía. Este problema es el de la identidad. ¿Cómo entiende usted este término, qué le significa?

G.E. Bueno, saquemos, como primera medida, el término de las lindes filosóficas y literarias, examinemos un poco el término en una forma escueta. Identidad, ¿qué significa identidad? Identidad es la igualdad de dos términos o de dos conceptos. El verbo correspondiente a la voz identidad es identificar, que significa establecer una identidad, errónea o verdadera, entre dos cosas, o entre dos términos, o entre dos conceptos. Ahora bien, hay trastornos de la identidad, por ejemplo, la no madurez es un trastorno normal, digámoslo así, de la identidad. Usted puede ver como los niños, por ejemplo, tienen algunas dificultades con la propia identificación. El niño necesita en los primeros años identificarse con los mayores, principalmente, puede ser, con el padre, el tío, con alguna persona cualquiera o con un personaje imaginario, pongamos el caso del niño que se identifica con Superman o Batman. Este trastorno natural de la niñez, que es simplemente inmadurez y que se va corrigiendo con el paso de los años, todavía subsiste en la adolescencia: los muchachos intentan identificarse con personas a las cuales admiran, por ejemplo, con deportistas, si tienen esa propensión, o bien con artistas, si tienen esa otra, o con políticos, si es ésta la que tienen. El hombre realmente, puede decirse, logra su madurez cuando se identifica consigo mismo, es decir, cuando establece su identidad verdadera.

Yo creo, que si trasladamos la cuestión al terreno filosófico o literario, o al terreno geográfico o étnico, el asunto es el mismo. Los pueblos cuando no son maduros tienen trastornos de identidad como los tiene el niño, como los tiene el adolescente. La madurez de los pueblos llega cuando existe ya una plena capacidad de identificarse a sí mismos con lo que realmente son, no son cosas extrañas. Cuando un pueblo quiere ser otro pueblo, ocurre un caso igual a aquél que sucede cuando un niño quiere ser Superman o quiere ser Batman; entonces sucede que un pueblo subdesarrollado, por ejemplo, sueña ser Francia, como yo soñé, cuando era adolescente, ser Paul Verlaine. Creo, entonces, que todo problema de identidad, cuando se habla del ámbito de las naciones, indica una inmadurez, es decir, un trastorno de los conceptos, un trastorno de la personalidad. Estos problemas de identidad, se dan por regla general en los pueblos nuevos, pero hay que tener en cuenta que así como cuando un individuo humano llega a determinada edad y todavía tiene problemas de identidad comienza a preocupar al psicólogo porque puede encontrar que existe en él ya, un desorden de carácter psicopático, así cuan-

dolos pueblos llegan a determinada edad histórica y no logran su identificación, entonces, también está ocurriendo un desorden, un desorden social.

L.A.P. Aplicando el término identidad igual madurez al caso latinoamericano, cómo considera usted que en este momento debe enfocarse la búsqueda de la misma?, en otras palabras: podríamos considerar a Latinoamérica como una parte del globo con X madurez o no?

G.E. Bueno, tengamos en cuenta una cosa: más que una búsqueda se trata de un encuentro espontáneo. Así como el individuo humano se encuentra consigo mismo en una edad determinada de su vida, si es un ser normal, así los pueblos en una etapa determinada de su historia deben encontrarse, espontáneamente, consigo mismos, si es que no están sufriendo graves trastornos de la personalidad social.

En cuanto a Latinoamérica, yo no sabría decir si existe un problema real de identidad que uno pueda percibir en las grandes masas latinoamericanas, o si el problema de identidad del que se habla tanto en los ámbitos académicos, sea más bien una creación un poco artificiosa, un poco intelectualista, de ciertos sociólogos, o de ciertos antropólogos, o de ciertos políticos. Yo no podría estar seguro de eso, por que mi experiencia personal me indica que la América Latina ha actuado siempre con una personalidad bastante acusada y lo suficientemente fuerte. Ahora bien, yo sé perfectamente que en determinados núcleos de intelectuales se pretende, por ejemplo, o bien que la América Latina para lograr su identidad se identifique con las corrientes de pensamiento occidental, o bien, en otros núcleos, que la América Latina se identifique con su pasado precolombino. A mí me parece que en ambos casos hay un desenfoque: si la América Latina tratara de identificarse con lo europeo, es decir, con las corrientes de la cultura occidental únicamente, entonces estaría ocurriéndole lo que al niño que se quiere identificar con Superman; si la América Latina quisiera identificarse únicamente con su pasado precolombino, le estaría ocurriendo un trastorno que yo denominaría, a secas, anacronismo. El pasado precolombino es un pasado, feliz o desdichadamente —no sé—, muerto, del cual nos quedan herencias, herencias que pasan a integrar la herencia de nuestra cultura y de nuestra identidad. A mi modesto modo de pensar, la América Latina sólo puede identificarse con lo que es realmente, es decir el continente mestizo por excelencia, el único continente mestizo del mundo, lo cual significa ser, por esa misma razón, una raza de razas y una cultura de culturas; es decir, una raza cósmica, como decía Vasconcelos, formada por todas las demás razas del mundo que han venido a actuar entre nosotros, y una cultura cósmica también, formada por la confluencia de todas las culturas del mundo. En este sentido yo estoy de

acuerdo con Borges cuando decía que podemos aspirar a todas las tradiciones, porque todas las tradiciones conviven con nosotros; y pienso que la única identidad posible para América Latina es mirarse al espejo y ver un rostro mestizo.

L.A.P. Esto me hace recordar lo que decía Jorge Amado en una entrevista que le hacían en el pasado Festival de cine en La Habana. Decía lo siguiente: Latinoamérica no existe, lo que existen son una serie de naciones con elementos comunes, además no debería llamarse latinoamérica sino afro-latinoamérica, lo cual nos lleva a hacer mención de un elemento básico que hemos desconocido: el africano. Hasta aquí las palabras (no textuales) de Amado. Lo anterior apuntaría, en cierta medida a ese mestizaje al cual usted se refirió anteriormente, ¿qué opinión le merece esta forma de ver y de nombrar a Latinoamérica?

G.E. Como primera medida, a mí me parece que no habría que decir afro-latinoamérica sino afroeuroasiaticoindoamérica, porque nosotros tenemos sangre e influencias culturales provenientes de todos los pueblos del planeta. Ahora bien, respecto a lo que Jorge Amado afirma respecto a las distintas nacionalidades latinoamericanas, yo creo que quizá hay un leve desenfoque; es cierto que en una nación, por ejemplo, como Argentina, predomina lo blanco, lo europeo, mientras que en una nación como México predomina lo indígena, pero esto no significa que sus culturas no sean igualmente mestizas, porque ya no se trata de un problema racial, se trata de un problema de síntesis cultural. Yo he sostenido, y en cierto modo mi novela *La Tejedora de Coronas* la escribí para afirmar esta tesis mía, que en los tiempos de la colonia cuando una familia española (esposa y esposo) venían a establecerse como funcionarios de la corona en cualquiera de nuestros países, y tenían un hijo que nacía aquí en territorio americano, este criollo, como lo llamaban entonces, ya no era en modo alguno un español, ni tampoco era un europeo desde el punto de vista cultural, a pesar de que fuera hijo de padres blancos (españoles), ya al nacer era un mestizo. Los españoles entendieron cuando afirmaban que los criollos nacían manchados por la tierra, porque el criollo nacía ya con un carácter diferente, un carácter que no era el español y tampoco era el carácter del mericano; el criollo nacía con un carácter fundamentalmente mestizo, aunque su raza fuera blanca. Así, pienso yo, que, por ejemplo, los argentinos, los porteños sobretodo, que como sabemos son un conglomerado formado principalmente de sangre europea, a pesar de ello el porteño que nace de padres italianos, nace ya criollo, y es fundamentalmente un latinoamericano o un afroeuro, etc., como decía hace un momento, pero es un americano y piensa como tal, y ya no puede ver a Europa como un europeo, la ve como un americano. Es el caso de Jorge Luis Borges. A Jorge

Luis Borges se le ha acusado mucho de europeísmo, y eso puede ser verdad en cuanto que las fuentes principales del pensamiento de Borges están en Europa, pero Ernesto Sábato señala un aspecto muy importante de esto, y es que lo último que un europeo podría ser es ser europeísta, para ser europeísta hay que ser latinoamericano, un europeo simplemente es europeo.

L.A.P. Frente a lo que usted dice, más lo que uno escucha por fuera o lee, habría tres posibilidades para tomar partido en cuanto al problema de la identidad: a) reconocerse como mestizo. b) desconocer lo europeo y sólo reconocer lo nuestro. c) desconocer lo de acá y únicamente reconocer lo de allá. Por ejemplo, Borges (ya que usted hacía relación a él) decía, en una de las tantas entrevistas que concedió a lo largo de su vida, que uno de los mayores males de nuestro siglo era el del nacionalismo (entiéndase populismo). Cuando uno encuentra estas frases y se da cuenta que en nuestro ámbito esto sucede con mucha frecuencia (pongamos el caso de los deportistas), tiende a preguntarse hasta qué punto el manejo de estas situaciones apunta a la búsqueda de una identidad o más bien al nacionalismo populista que tantos efectos nocivos ha producido en muchos países (Argentina, Alemania, Italia, etc.). Qué opinión le merece esta apreciación?

G.E. Correcto. El nacionalismo tiene sus matices, comienza siendo una cosa saludable y termina siendo una cosa enfermiza. Es saludable cuando se trata simplemente de hacer resaltar ciertos valores nacionales que no deben ser menospreciados de ninguna manera ni por los hijos del país ni por los extranjeros; se vuelve enfermizo cuando se trata de afirmar esos valores nacionales por encima de cualquier otro valor, en ese caso se desemboca en la situación que conocemos como chauvinismo, que es siempre una posición de extrema derecha que conduce a las locuras más irracionales; una posición que caracterizó, por ejemplo, a los regímenes fascistas en otros tiempos. Y fue una posición que evidentemente (como usted decía) aquí en nuestros países latinoamericanos ha tenido un origen populista, convirtiéndose en una manipulación que hacen los políticos de las masas para lograr una especie de autohipnosis en ellas: que se hipnoticen con sus aparentes valores propios y se vuelvan ciegas a todo lo exterior a fin de crear en ellas un conformismo con lo propio, a fin de frenar toda emulación que nazca del contacto con culturas extranjeras. Digámoslo en términos más sencillos, si un campesino colombiano de las regiones más pobres del país, pudiera ver, pudiera percibir, cómo vive un campesino europeo, es evidente que ya no estaría muy conforme con su situación y trataría de mejorarla de alguna manera; situación, ésta, que los políticos, generalmente tratan de evitar. Esto último demuestra muy a las claras, la condición derechista, la condición retrógrada de todo nacionalismo extremo, es decir, de todo chauvinismo.

L.A.P. Complementado lo dicho por usted, nos encontramos con afirmaciones como: "En latinoamérica todavía no existe una literatura", "En ningún momento podemos comparar a García Márquez con un Cervantes o con un Shakespeare", "Nuestro teatro aún está en una etapa primaria de gestación", "Nuestra poesía, tal vez con excepción de la de Darío, no vale la pena nombrarla", etc. ¿Qué comentario le merece esta otra cara de la moneda?

G.E. Totalmente descalificable esa cara de la moneda, nosotros no podemos ignorar el hecho, para citar un sólo ejemplo, de que en la Colonia la América Latina produjese ya poetas de la estatura de sor Juan Inés de la Cruz y de Hernando Domínguez Camargo, que en algunos casos superan a sus modelos españoles. Pero muy bien, dirá usted, hay modelos españoles, muy bien, avancemos un poco en la historia de la poesía, nada más, de la poesía hispanoamericana, y encontraremos el caso de un César Vallejo, que unos tres o cuatro años antes del manifiesto surrealista que predica la adopción de la escritura automática como un acercamiento o como una especie de colaboración de la poesía con la ciencia psicológica, tres o cuatro años antes el señor César Vallejo publica su libro de poemas "*Trilce*", en el cual hace escritura automática, quizá con mayor eficacia, desde ese citado punto de vista, que toda la que hacían los experimentalistas surrealistas que crearon en París toda una oficina para investigaciones surrealista sobre escritura automática. Desde luego, toda negación de la importancia de la literatura hispano y latinoamericana en el mundo actual, es producto de un sentimiento de inferioridad. Ese sentimiento de inferioridad, afortunadamente, no lo padecemos los pueblos o naciones latinoamericanas, sino ciertas personas, algunas veces por contacto excesivo o prematuro con otras culturas que les devoran su personalidad. En este momento un escritor como Jorge Luis Borges, un novelista como García Márquez, o como Jorge Amado, o como el ya fallecido Julio Cortázar, o como Ernesto Sábato, o como el recientemente fallecido Mujica Láinez, o como muchos otros que todavía no disfrutaban del mismo prestigio, pero que muy pronto serán conocidos (como es el caso, por ejemplo, del argentino Abel Pose, del venezolano Delcin Romero, del ecuatoriano Ivan Egues, el uruguayo Fernando Ainsa, etc.), son escritores, todos estos que he citado y muchos otros, que están en posibilidad de competir en cualquier terreno literario con escritores de cualquier otra latitud universal.

L.A.P. Existe, al respecto, la creencia de que si un escritor, por ejemplo, no sale del país, y ese salir del país no implica ir a Europa, no puede realizarse y que por lo tanto su obra no va a tener la misma altura que la de alguien que ha hecho este viaje. ¿Qué opina usted al respecto?

G.E. Esta creencia se deriva de otra según la cual hay que tomar distancia de las cosas para poder verlas en todas sus facetas. Esto puede ser verdad para ciertas personas, puede no serlo para otras. Y, particularmente, de acuerdo con mi experiencia, le digo que he estado viviendo en altitudes lejanas, he vivido en África, he vivido en Europa, y no creo que ello haya modificado, muy sensiblemente, la visión que tengo del mundo latinoamericano, quizá porque desde muy niño, desde muy joven, me compenetré con una serie de culturas foráneas y logré tomar distancia, sin necesidad de trasladarme físicamente al lugar de origen de las mismas, con respecto a la nuestra. Sin embargo, creo que Vargas Llosa ha sido una de las personas que sostuvo alguna vez, la conveniencia de vivir en París, en Roma o en Londres para poder tomar una distancia respecto a lo latinoamericano y aquilatarlo mejor, respeto esa afirmación de Vargas Llosa y de algunos otros, por que pienso que en ciertos casos individuales ello puede ser necesario, ello puede ser más enriquecedor. Desde luego, esto que yo digo, no quiere significar que piense que no es enriquecedor, de cualquier forma, el viajar. El viajar es muy enriquecedor y permite establecer una serie de comparaciones entre las diferentes culturas; sin embargo, creo que un escritor latinoamericano que haya vivido toda la vida en Latinoamérica puede tomar la necesaria distancia intelectual, la necesaria distancia lógica, para escribir sobre América Latina.

L.A.P. Acercándonos un poco más hacia el caso nuestro, hacia lo colombiano, podría usted decirme, así a quemarropa, qué es para usted ser colombiano, dentro de la perspectiva de identidad?

G.E. Ser colombiano es culturalmente, porque tenemos que hablar ante todo en términos culturales, ser una mezcla de Chibchas, Europeos, Chinos, Hindúes, Arabes, etc., etc., que por vivir en una geografía X hemos tomado unas características X. Desde luego, la pregunta no se puede responder ni fulgurantemente, ni así a quemarropa, por que es como para escribir libros enteros, y, por desdicha, no me parece que se estén escribiendo. De todas maneras, ser colombiano es ser mestizo, es ser una de las formas del mestizo latinoamericano.

L.A.P. En síntesis, ser colombiano, en el fondo, es ser latinoamericano?

G.E. Sí, es ser latinoamericano, de un territorio geográfico de Latinoamérica, porque, desde luego, lo que usted apuntaba que decía Jorge Amado, tiene su parte de verdad, no en todos los territorios se han dado las alianzas de sangre y de culturas de la misma manera; en términos generales, se han dado alianzas de sangre y de culturas, y esto es lo que nos caracteriza, lo que

nos une a todos los latinoamericanos. Esa es la característica común, claro, hay matices como los hay entre un cundinamarquez y un costeño.

L.A.P. Hablando de obras específicas, y dentro de ellas podríamos, necesariamente, incluir la suya, como *La María*, *Cien años de soledad*, o de pronto en éstas últimas que acaban de obtener el premio de novela "Plaza Janes". ¿Cómo considera usted que se filtra en ellas el problema de la identidad?

G.E. Yo le hablo de algunas de esas obras, porque no las conozco todas. Yo diría que la visión latinoamericana de nuestro propio mundo, es decir, el ver lo nuestro con ojos propios, sólo nace entre nosotros a partir de la escuela modernista, y quizá esa es la mayor importancia que le atribuyo a esa escuela fundada por Rubén Darío. De ahí que quizás en novelas como *La María*, la cual sin duda es una maravillosa novela (no le estoy negando, por lo que le voy a decir, sus méritos literarios), quizá la visión del mundo americano todavía sea una visión de español, desde luego pesaba sobre nosotros todavía la influencia de una cultura que nos había colonizado. Respecto a *Cien años de soledad*, el asunto es diferente, antes de ella se han escrito novelas como *La Vorágine*, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la obra de Osorio Lizarazo, entre otras, que ya comportan una visión propia de nuestro mundo colombiano y latinoamericano. *Cien años de soledad*, es un paso adelante, que se da al mismo tiempo que en México lo da Juan Rulfo, que en Cuba lo da Alejo Carpentier, que en Uruguay lo da Juan Carlos Onetti; el paso consiste en crear lo que la crítica, un poco vagamente, ha llamado realismo mágico. En Europa se había dado un realismo mágico que procedía de la escuela psicoanalítica de Freud, realismo mágico que consistía en presentar facetas o percepciones del inconsciente individual como realidades en la acción de la obra literaria. En la América Latina se produce, quizá, un fenómeno más complejo y que nos aproxima muchísimo al conocimiento de nosotros mismos, porque en el realismo mágico latinoamericano, lo que se pone en práctica son las teorías psicoanalíticas de Karl Jung sobre el inconsciente colectivo. Y el realismo mágico latinoamericano consiste en presentar facetas o percepciones del inconsciente colectivo, no individual, como si fueran realidades en la acción de la obra; este es el caso de *Cien años de soledad*, sobre la cual diría que es un sueño colombiano, es el inconsciente colombiano que está soñando y está produciendo un sueño que es lo esencial de lo colombiano. De ahí la importancia de la obra. Es lo mismo que ocurre en México con el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, en Uruguay con *El Astillero* de Juan Carlos Onetti, por ejemplo.

L.A.P. Partiendo de las opiniones suyas, en cierta medida, se podría afirmar que usted entiende el problema de la identidad como aquello a lo

cual apunta Borges en alguno de sus ensayos y básicamente en alguna de sus entrevistas, y a lo que apunta Martí en la mayor parte de su obra. Borges nos dice: "Somos herederos de toda una tradición Occidental y en parte de la Oriental", "Pertener a un país es ante todo sentirse dentro de ese país". Martí, por su parte, afirma: (no textualmente) "Nosotros no debemos alejarnos de nuestra América, pero tampoco debemos alejarnos de Europa, lo que tenemos que hacer es tomar de aquí y de allá y crear a partir de esa fusión". Usted considera que en este momento más que asimilar tanto lo nuestro como lo ajeno lo que estamos haciendo es imitar corrientes o escuelas?

G.E. Tal vez no lo creo, lo que dije en la respuesta anterior, por ejemplo, es muy claro, respecto al paso decisivo que el realismo mágico latinoamericano da con respecto al realismo mágico europeo, es una evolución lograda acá en la América Laitna. América Latina, pienso yo, a partir de los últimos dos decenios del siglo XIX, comienza a no copiar. Existe, desde luego, una interdependencia de literaturas en un momento determinado, nosotros estamos encaminándonos por una vertiente que han abierto escritores europeos, pero también es cierto que nos encaminamos dándole (y abriéndole) nuevas posibilidades y en muchos casos, como por ejemplo, en la relación Gabriel García Márquez - Gunter grass, influyendo sobre los escritores europeos. Ahora bien, esta relación desde cualquier punto de vista, no es estable sólo con Europa o con Asia como parece querer Borges, sino que se establece también; desde luego, con nuestro pasado indígena y con la herencia africana que es riquísima, en notables sectores del continente. Pienso que esta interacción la estamos produciendo nosotros, en este momento, con todas las culturas del mundo, de las cuales estamos recibiendo y a las cuales estamos aportando.

L.A.P. Terminemos con una pregunta de cajón: ¿Se puede hablar de una identidad latinoamericana?

G.E. Era lo que yo decía al comienzo: mirémonos en el espejo y veremos un rostro mestizo.

El concierto termina, salimos a la calle, volvemos al café inicial, mientras nos tomamos un tinto llega Augusto Pinilla..., saludos vienen, saludos van..., son casi las cinco y media..., afuera la ciudad nos espera con su rostro mestizo.